MARMOL

(JOSÈ).

Nació este señor, en Buenos-Aires, el dia 4 de diciembre de 1818. Destinado por sus padres a la carrera de las letras, hizo alternativamente sus estudios en las escuelas públicas de Montevideo y de Buenos-Aires. En 1838, cuando se hacia ya querer y notar entre sus jóvenes compañeros por la jenerosidad de su carácter y sus luces, corrió la suerte de muchas otras personas distinguidas de su pais, abriéndose a su inocencia las puertas de los calabozos políticos, que nunca como entonces estuvieron tan poblados en Buenos-Aires.—Alli, como en toda prision inquisitorial, menos vedada era una arma que un tintero; pero a falta de este, el Señor Marmol, escribia con carbones en la pared airados apóstrofes en verso contra el causador injusto de sus padecimientos. Una de aquellas composiciones terminaba con la siguiente estrofa:

Muestra a mis ojos espantosa muerte.
Mis miembros todos en cadenas pon;
Bárbaro! nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos a mi mente, no!

Asi que obtuvo su libertad, y burlando nuevas persecuciones, emigró el Sr. Marmol a Montevideo y de alli a Rio Janeiro. En este puerto se embarcó para uno de los del Pacifico, en 1844, y no habiendo podido montar el Cabo de Hornos por las tormentas y averias que esperimentó su buque, regresó al Brasil en donde residia ahora poco tiempo. El que escribia en verso en la paredes del calabozo, escribió tambien sobre la inquieta cubierta de un buque desmantelado. Al regresar de su funesto viaje arregló los borradores de un poema que ha titulado: «El Peregrino en el mar,» de cuyos cantos publicamos aqui algunos fragmentos poco conocidos todavia.

El Sr. Marmol ha redactado varios periódicos políticos y literarios; ha escrito muchas bellas poesías y varios dramas en verso, de los cuales dos se han representado en Montevideo con aplauso—el «Poeta» y el «Cruzado.»

LOS TROPICOS.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO: «EL PEREGRINO.»)

Y en medio de las sombras
Enmudece la voz del Peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino,
Sobre el Fenix [1] se oia,
Que como el jenio de la noche huia
En las alas del viento tristemente;
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.
. . . . . .

1 Nombre del buque.

Qué bello es al que sabe sentir con la natura
Pasar al mediodia del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibia pinta la luz meridional!

Los Trópicos! radiante palacio del Crucero, [1]
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotros toda la creacion rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creacion tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza llena de timidez y frio
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ambar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayan:
Las aves que la arrullan en melodia eterna,
Y por su linde rios mas anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
Se visten, con las nubes, de la cintura al pié:
Las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tocanos, Guacamallos, el leon y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátil en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vejetacion exhala
Formando pabellones para burlar al sol,

1 Constelacion del sur.

Ya que su luz desdeña pues tiene del diamante
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza vírjen, hermosa, radiante,
No emana sino vida y amor y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rei;

Así como la niña de quince primaveras
De gracias rebosando, de virjinal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando a su rostro brotan las rosas del rubor...

Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos jiros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ai! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnifica: LA LUZ.
La luz ardiante, roja; cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodia, la tarde tropical;
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millon de estrellas un astro nada mas?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador, mirando,
Los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
E hidrópica de vida revienta por los poros
Vejetacion manando para alfombrar su pié.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando jiran en derredor a él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien:

Y mas arriba, cisnes de nitido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color;
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma:
Allí se poetiza la voz del corazon:
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la rejion de Dios.

Un poco mas... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito ser,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su lábio se escapan una vez:

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,
Con Iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la virjen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesus.

A BUENOS-AIRES BAJO SU LATITUD.

(FRAGMENTO DEL PEREGRINO.)

Son estos los mares que besan su planta!
Son estos los cielos que doran su sien!
Allí Buenos-Aires, el Aguila esclava,
Que hendia altanera las nubes ayer!

¡O Patria! tus dias de gloria pasaron,
Cubriendo la sombra los rayos del sol;
Tus hijos proscriptos el pan ablandamos
Con lágrimas tibias de ingrato dolor.

Asi lo quisieron: silencio! del alma
Se legue al olvido la fuente del mal;
Y el pecho contento sintamos ¡o Patria!
Al ver, de los mares, tu cielo brillar.

Cuán bellas contemplo rodar por la esfera
Tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡O Patria! si al hombre faltara la ciencia,
Sabria al mirarlas que estabas allí.

Al ver estos cielos a mi alma dirian,
Nosotros te dimos la luz al nacer:
Nosotros velamos la patria Arjentina
Con rayos de lumbre dorando su sien.

Cuán bellos tus mares! ¡Cuál alzan henchidos
De orgullo sus ondas, valiente su voz!
¡Oh! vaya en vosotros al suelo Arjentino
Vibrando en las olas mi lúgubre *adios!*

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Si acaso en la tierra proscripto me aguarda
Sepulcro estranjero sin llanto ni cruz,
Subleva tus ondas ¡oh mar! y a mi patria
Mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡oh! vendrá dia de gloria, lo espero,
Que puedas ¡o madre! tus hijos mirar:
El dia que mires haber en tu suelo
Un hombre de menos, o algun hombre mas,

En tanto, do quiera verán a tus hijos
Sin caer abatida la sien al dolor,
Que el pecho orgulloso del nombre *Arjentino*
Aun no se desmaya diciéndote ¡adios!

II.

Venid proscriptos, con la sien orlada
Del infortunio que la sien oprime;
Y hablemos de la madre abandonada
Que *allá* sin hijos en cadenas jime:
Y una lágrima al párpado asomada,
Que la desgracia al corazon esprime,
Mezclemos al contarnos de su historia
La obscurecida fujitiva gloria.

Si ¡adios! dijimos a la patria bella,
Venid en derredor de mis canciones;
Y, suspirando el corazon por ella,
Hablemos de su gloria y sus varones...
Del Plata hermoso, que sus lindes sella
Con jigantes y ricos eslabones;
De nuestros bosques y su flor mimosa,
De nuestro cielo y de la Pampa hermosa.

Yo soi el trovador que las inciertas
Huellas de mi destino voi siguiendo,
Mas que, al sentir las esperanzas yertas,
Pulso mi lira y las percibo hirviendo:
Canto, y veo las tumbas entreabiertas,
Los Incas a sus hijos bendiciendo;
Y, levantando el porvenir la frente,
Dorar del Plata el apagado oriente.

Venid; el harpa que tomé en las manos,
Cuando del Plata abandoné la arena,
Tiene una maldicion a los tiranos
Que en sus bordonas ásperas retruena:
Y una voz ¡*Libertad!* que a mis hermanos
De sacro fuego el corazon les llena.

Porque ellos, como yo, secan el llanto
Con el calor del entusiasmo santo.

Asido al cuello de la tierna esposa,
Reclinado el infante en la rodilla,
Nos encuentre la tarde silenciosa
De ajeno mar en la desierta orilla:
Y, ocultando a la amiga cariñosa
La lágrima que empaña la mejilla,
Enviemos a la Patria un pensamiento,
Sobre las alas de estranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
Antes de dar nuestra cabeza al sueño,
Hablemos de la Patria a nuestros hijos
En derredor del encendido leño:
Ellos, en su alma los acentos fijos,
Cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
Irán ¡Oh Patria! a presentarte helados
Los huesos de tus viejos desterrados.

—Marzo de 1845.—

LAS NUBES.

(FRAGMENTO DEL PEREGRINO.)

Gloria a vosotros, vaporosos velos,
Que flotais en la frente de los cielos,
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos.
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al traves de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su lábio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
Del alma de mi Dios? Bendice al mundo
Cuando de oro y azul pintais la esfera
Y derramais colores
Ricos en fantasías y en amores
Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonrie
Cuando a la frente cándida del alba
Asomais con el tinte de la rosa,
Cual el rubor al pálido semblante
De vírjen candorosa
Al primer beso de su tierno amante?

¿Al contemplar el mundo,
Se acuerda de su bello paraiso,
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
Por el que habita lodazal inmundo:
Y por el hombre siente,
Y se le anubla de pesar la frente
Cuando quedais en la tranquila tarde
Con esa luz fantástica, sombria,
Entre el ser y el no ser del tibio dia?

Sois el iman entonces misterioso
Que arrastra a meditar el pensamiento
Y ajita silencioso
Dentro del corazon el sufrimiento?
¡Quién en vosotras, húmedos los ojos
No clavó alguna vez, cuando del dia
Va muriendo la luz, cual va muriendo
Del alma con los años la alegría,
Y la enlutada noche hasta el ocaso
Llega, cual la vejez, paso tras paso!!

Decid nubes, decid, sois los reflejos
Del alma de mi Dios?... El rudo crimen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus lábios soberanos
Tremenda maldicion. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras rodando por la esfera
Hidrópicos los senos,

Lanzasteis cual torrente foribundo,
Entre millon de truenos
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra
En sus ejes rodó; y en todas ellas
No iluminara el sol ni las estrellas
Las sombras del airado firmamento,
Y tan solo a vosotras en contino
Y rápido volar negras mirára
Lanzando en torbellino
A su maldita frente
Las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
Del poderoso juez del universo,
Y a su semblante, adusto
Al castigar al crímen del perverso,
Asomó el alegría,
Y vosotras con ella
Bañadas del color del claro dia,
Al decir *basta* y levantar del arca
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldicion tambien – Allí vosotras
Al eco de su voz acudis luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego...
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
A iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesus el postrimero
Dolorido suspiro en el madero:
Allí tambien ¡o nubes misteriosas!
Pálidas os contemplo y silenciosas
Cubrir la luz del luminar del cielo
Y por el hombre-dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid ¿sois el reflejo
Del alma de mi Dios? son sus enojos
Y el eco de su acento,
Y el fuego de sus ojos
Terrible centellando
Cuando en montes trepais al firmamento
La recia y ruda tempestad rodando?
Ese trueno es su voz? Esa serpiente
De fujitiva luz, es la mirada
Que lanza de repente
Al volar su carroza de topacios
Chispeando estrepitosa en los espacios?

Salud, nubes, salud!... Sí, sois las bellas
Luces de un rico y eternal espejo,
Donde el Dios que conserva las estrellas
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos estasiamos
Cuando azulais los cielos,
Bellas cual los primeros dulces años:
Y tímidos temblamos
Cuando os tornais encapotados velos
Tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
Por eso el corazon medita y flota
En la mar de recuerdos dilatada,
Y del cáliz del alma tibia gota
Empaña la pupila
Fija en el horizonte la mirada
Por vuestro iman fatídico arrastrada.

Ai! cuántas veces de la verde orilla
Del rio cuyas ondas arrullaron
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto
La pálida mejilla,
Mis ojos en vosotras se clavaron!

Y no era aun infeliz! aun no la mente
Desplegando la momia de la vida,
Al corazon valiente
Con su esqueleto lívido asustara,
Y el corazon volviendo
La vista entristecida
Sus lazos con el mundo desatára!

Pero ya un no sé qué de misterioso
En el fondo de mi alma se escondia,
Y os procuraba inquieto y silencioso
Entre el ser y el no ser del tibio dia!
Asi la jóven que inesperta siente
La primera impresion dentro del alma,
Sin saber el por qué de su sonrojos
Teme y evita los estraños ojos,
Y el corazon sin calma,

Por el jardin, perdida,
En las flores se fija distraida.
Cuántas veces proscripto y peregrino,
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,
Desde estranjera roca
Os contemplé llorando mi destino,
Y con esa espresion que nunca alcanza
El lábio a repetir, el alma mia
Os contó sus pesares,
Triste como el crepúsculo del dia,
Desde el arena de estranjeros mares! ..

Hai momentos ¡o nubes!
Que misterioso eléctrico fluido
El alma con vosotras armoniza,
Y al hombre con el polvo confundido
Anjel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erais ¡o nubes!
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es mas espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Mas bordados de fúljidos destellos.
Allí mi fantasía
Ahogaba los recuerdos con deseos,
Y en dulces devaneos
Menos os daba mi alma que os pedia.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume emanacion de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caida.

Mas ¡ai! tambien del atérido polo
Cubris los cielos como pardo manto;
Y yo desde un bajel perdido y solo
Donde nadie cantó, Nubes, os canto.

Despeñadas cruzais el firmamento
Rápidas como herido pensamiento,
Y atónita os contempla
Mi alma, como el enojo soberano
Lanzado en derredor de este Oceano,
Que encarcelado y solo
Entre el linde de América y del mundo,
Maldice de su cárcel los confines,
Y en rudos parasismos
Sacudiendo sus crines
Salta de los abismos
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frájil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
La humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria.
Decid, Nubes, decid ¿quién un tributo
No os rindió alguna vez? En el contento,
O con el alma en luto,
Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas
Cuando flotais en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apenas,
Soplo sutil a deshacerlas basta,
El corazon dolido,
Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
O amorosa y prolija,
No imajinó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?...

Qué vírjen no os ha dicho sus amores,
O la tardía ausencia
Del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría
Cuando volais en densa muchedumbre
Como inquietas ideas
De recóndita negra incertidumbre,
Adónde el alma impía
Que miró sin temor al cielo airado?
Qué jénio no ha volado
En alas de su ardiente fantasía?
Qué desterrado, acaso,
En los velos de nacar y zafiro
Que bajais al Ocaso,
No ha mandado a su patria algun suspiro?...

Pasad, Nubes, pasad. Pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.

Y del proscripto Bardo
Que vaga peregrino
Y os canta ¡o nubes! desde el frájil pino,
Revelad a su dulce patria bella
Cuánto suspira el corazon por ella:
Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto mas padece mas la adora.

—Marzo 8 de 1845—[1]

LOS TRES INSTANTES.

EL 4 DE OCTUBRE.

Bella como la imájen de mis sueños:
Pura como la risa de la infancia:
Triste como la sombra de la tarde:
Libre como la brisa del desierto:
Asi encontréla un dia
A la hechicera mia,
Así; como reviste
Mi mente la hermosura:
» Tan bella como triste
» Tan libre como pura.»

EL 4 DE NOVIEMBRE.

Sensible cual la blanda mariposa:
Ardiente como la alma del poéta
Tierna como la tórtola en su nido:
Mia como del hombre el pensamiento:
Asi la oprimí un dia
Contra mi seno hirviente,
Asi, cual yo tenia
La mujer en mi mente:
» Sensible como ardiente
» Y tierna como mia.»

EL 15 DE NOVIEMBRE.

Para siempre cual humo en el espacio:
Cual meteoro que pasa fujitivo:
Cual idea en delirios inspirada:
Cual el alma del cuerpo desprendida:
Asi perdíla un dia
Cuando pensé era mia
Hasta en la eternidad.
Así; para mis ojos
No heredar ni despojos
De la felicidad.

Negro como la noche misteriosa:
Agrio como las heces del veneno:
Frio como el cadáver en la tumba:
Mústio como la lumbre del osario:
Así quedó de entonce
Marchito y espirante
Mi espíritu de bronce.
Así; que un solo instante
Bastó para poseerla,
Bastó para perderla.

Montevideo, abril de 840.

A ROSAS, EL 25 DE MAYO.

« Al triunfo, la agonía siguió del moribundo.
Al viva del combate, de servidumbre el ¡ai!
. . . . . .
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mia
De paz y de ventura, de gloria y hermandad. »

JUAN CARLOS GOMEZ.

I.

Miradlo, si, miradlo. No veis en el Oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad Americanos la coronada frente
Ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

---

1 Llega en este momento (noviembre de 1846) el núm. 264 del «Comercio del Plata» y en el vemos anunciado al público el *duodécimo* canto del *Peregrino*, impreso en Montevideo en el mes de agosto último.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron victoriosos en su nevada sien.

Veneracion! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneracion! esclaman,
Y abiertos los sepulcros responden a su voz.

II.

Sus hijos! por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracan?
Por qué corren proscriptos sin patria y sin hogares
A tierras estranjeras a mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales
Por qué no les embriaga la salva del cañon,
Los vivas de los libres, los cánticos triunfales
Y el ruido de las ondas del pátrio pabellon.

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡o sol!
Por qué como otros dias sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III.

Emboza ¡o sol de Mayo! tus rayos en la esfera
Que hai manchas en el suelo donde tu luz brilló;
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos-Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,
Para evitar su mengua sepúltala ¡por Dios!
La emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre jemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldicion con él.

IV.

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldicion;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazon

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Que has hecho de la patria que te guardaba en si,
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Y dinos de sus glorias lo que te debe a ti.

La mancha que en el suelo no borrrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños
Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V.

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con luces que recuerdos iluminando van,
Y dinos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucuman.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes
O acaso en Chacabuco o en Maipo o en Junin;
O si marcando hazañas mas célebres y grandes
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubistes en Ayuma
O acaso en Vilcapujio, Torata o Moqueguá.

VI.

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció,
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldicion cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colon,
Salvaje, tú dormias tranquilo solamente
Sin entre-abrir tus ojos al trueno del cañon.

Y cuando tus hermanos al pié del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestian de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII.

¡Ah! Nada te debemos los Arjentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolacion sin fin;
Jamas en las batallas se divisó tu espada;
Pero mostraste pronto la daga de Cain.

Cuando a tu Patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su vírjen corazon,
Yatar ante tus hordas al pié de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellon.

VIII.

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a rios se derramó do quier;
Y de apilados cráneos los campos se poblaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

Qué sed hai en tu alma? Qué hielos en tus fibras?
Qué espíritu o demonio su inspiracion te dá,
Cuando a tu rudo lábio tu pensamiento vibras
Y en pos de la palabra la puñalada vá?

Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
Qué atmósfera aspiraste? Qué fuente maldecida
Parabautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX.

Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldicion de Dios?

En qué hora sientes miedo dentro tu ferreo pecho,
Para llamar visiones que su pavor te den?
En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme tempestades vuestro rujir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilon;
Cascadas y torrentes prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICION...

X.

Cuando a los pueblos postra la barbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazon rechaza la bíblica induljencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinai.

El bueno de los buenos desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
Tambien tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamas dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas ajitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como Arjentino, las de mi patria, no.

XI.

Por tí esa Buenos Aires que soportar sabia
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un leon,
Hoi débil y postrada no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambicion.

Por tí esa Buenos Aires mas crímenes ha visto
Que hai vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres harto, para ofender a Cristo,
Tu imájen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra estraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

XII.

Mas ¡ai! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nacar y zafir,
Y el soi de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MAS ALLA, es el lema de su divina frente
Gravado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:
HAY MAS ALLA; responde con su jigante voz.

HAY MAS ALLA, los héroes al espirar clamaron,
Poblando con su grito de América el confin,
Y entre vapor de sangre—HAY MAS ALLA, exhalaron
Los campos de Ayacucho, de Maypo y de Junin.

XIII.

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está;
Disfruta del presente que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un dia terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal,
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza
O el corazon te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente
Reventarán los pueblos que doma tu ambicion;
Y cual vomita nubes de su ceniza hirviente
Vomitarán los pueblos el humo del cañon.

XIV.

Entonces, sol de Mayo, sus dias inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en tí;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazon,
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y rico pabellon.

Y al estenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

—Montevideo, mayo de 1843.—